
Mudo espío...

Escribo que escribo y me voy mordiendo la cola sin acabar de devorarme nunca porque toda la materia se invierte y aparece transformada en historia, en vida contada con apariencias de verosimilitud en el otro extremo de lo que voy devorando. *Idea fijas.*

Como un papel celofán que se consumiera en el fuego crepitando son los pasajes de esta historia un poco ruin, vulgar para los de ciertas colonias urbanas de esta ciudad o de otras de este mundo contemporáneo, porque cada uno de los personajes es como alguien al que alguna vez tratamos en la escuela, en el trabajo, en el vecindario: un pariente. Los protagonistas, sobre todo, son alguienes a quienes ya hemos visto, unos con los que hemos convivido, hablado, ido a fiestas, conversado en esta y en aquella ocasión. A veces este pobre hombre del cuento es la encarnación de mis angustias, el espejo de mis inseguridades, el mechón de azoros de donde la vida me ha cogido más veces de las que yo quisiera.

Mudo espío mientras alguien voraz de mí me observa, decía la leyenda de un antiguo cuadro en

la casa de mi amiga Paula de Allende, en La Cañada, y era alguien que veía hacia la habitación contigua por el ojo de la cerradura mientras en el otro extremo de la habitación uno podía observar que una puertecilla se abría en el muro y un ojo voraz se engullía la imagen de quien espía por la cerradura. ¿Uno podía observar, dije? Sí, y no habría nada descabellado en suponer que alguien, otro, lo mirara a uno desde un oculto observatorio en aquella casa de mi amiga Paula. Otro, que a su vez fuera atisbado por alguien que...

Algo así me sucedió con la novela de Hortensia: estoy viendo a uno que escribe para contar cómo empezó a escribir pero a partir de uno de los primeros capítulos empieza a reescribirse contándonos esa historia que todos podemos saber, esa historia común de una generación que ahora cincuenta y que no importa si es así como ocurrió, si el que la cuenta tiene la razón, la verdad y la justicia de su parte, o al menos un ínfimo grado de sinceridad, porque no hay quien esté tomando dictado o grabación para un juicio, sino un lector voraz, azuzado por las mieles de esa intimidad expuesta, que está viendo tras la ventanilla de la página a alguien que está mirando por el ojo de la cerradura a alguien que está contando una his-

toria que sólo a él importa y afecta y que en un momento dado se da cuenta, al fin, de que sólo está escribiendo su propia invención como escritor, como el que mira, el que se devora a sí mismo...

¿A quién le importa que sea verídico lo que está contando Pablo como si fuera de veras la vida que ha vivido, si él mismo al empezar la novela nos da la clave para que no le creamos nada? Lo único que importa es que no caiga en contradicción flagrante, que no se olvide de la mentira contada, que no ponga borrones a lo que dice que ha sido así o asá. Porque entonces nosotros nos volveríamos tan despectivos ante él como las mujeres con quienes trata íntimamente y botaríamos su historia a la basura.

Pablo se está inventado como escritor y la materia es lo de menos. No importa si de veras vino de ese pueblo, si tuvo esa madre y ese padre, si llegó a esa casa a la que llega y si es cierto que lo atraparon con los habituales lazos con que se reproduce la clase media mexicana; si se inscribió o no a la escuela de periodismo, si conoció a quienes conoce a lo largo de la novela, si se enamoró de corazón

o nomás anduvo de pitopronto, si la fascinación que ejerce Gómez dejará algún saldo positivo en las cuentas de su vida, si se enfrentó tantas veces con el análisis profundo de sí mismo o nomás hizo siempre como que era honesto en la autorreflexión, y más y más.

Al final de lo narrado está tan solo como cuando llegó a Levante 241, manzana 4, lote 52. Lo que realmente importa, y eso fue lo que con una gran soltura e inteligencia a lo largo de sus 277 páginas, Hortensia Moreno me estuvo contando, es el mundo circular de la escritura que al consumir todo lo que tiene a la mano, al meter en combustión la secuencia de incidentes y accidentes que podrían ser un fragmento del mundo real, va haciendo otra realidad en la que todo lo que pasó por el fuego de la creación se transforma en esa verdad nueva, posible, por la que uno también, como la autora, metería la mano al fuego.

Alejandro Aura

Hortensia Moreno, *Ideas fijas*, Joaquín Mortiz, México, 1997, 277 pp.